

Nota sobre “C. S. Peirce: realidad, verdad y el debate realismo-antirrealismo”

Resumen

El presente trabajo es un comentario crítico del artículo “C. S. Peirce: realidad, verdad y el debate realismo-antirrealismo” de Catalina Hernández y Carlos Garzón. Ha sido escrito a solicitud de los autores para ser publicado en forma conjunta. En él se exponen algunas perplejidades que surgen de estos tópicos peirceanos. En primer lugar se interroga a Hernández y Garzón acerca de la referencia de la expresión “el debate”, a mi juicio insuficientemente precisada; luego se cuestiona que Peirce haya intentado dar una definición de la idea de verdad y finalmente se señalan algunas dificultades de la noción peirceana de realidad, central en la tríada conformada por verdad/investigación/realidad. A lo largo del trabajo se señalan las coincidencias con la interpretación de los autores respecto a la verdad en Peirce.

«El universo es un vasto representamen, un gran símbolo del propósito de Dios, elaborando sus conclusiones en realidades vivientes».

C. S. Peirce, *Collected Papers*, 5.119, 1903.

Charles Peirce (1839-1914) fue un pensador inactual, si me permiten utilizar aquí una expresión que Nietzsche se autoadjudicaba; no vino a decirnos cosas que sabíamos de sobra, ni a proclamar el fin de los tiempos filosóficos. Por el contrario, vino a orientarnos hacia posibles salidas de los muchos laberintos en los que a veces la filosofía suele extraviarse. Su voz de alarma llegó antes de tiempo, cuando irreflexivamente íbamos camino a las trampas. Resulta sorprendente encontrar en Peirce, premonitoriamente, mucho de lo que ha estado en el foco de las discusiones del Siglo XX en distintas disciplinas y corrientes filosóficas, por ello no es extraño ver que muchos investigadores vuelven la vista a Peirce para encontrar pistas que indiquen por dónde continuar. Esto es lo que sensatamente hacen Hernández y Garzón en su artículo “C. S. Peirce: realidad,

verdad y el debate realismo-antirrealismo". El mencionado trabajo constituye una excelente introducción a estos espinosos temas peirceanos. Los llamo "espinosos" porque han sido — y continúan siendo — materia de polémica entre los intérpretes¹ y, como acertadamente señala Parker, el estudiante de Peirce «no tiene ni la ventaja de una expresión definitiva del sistema proveniente de la propia mano del filósofo, ni la asistencia de un cuerpo de *scholarship* que se haya desarrollado por varias generaciones»². De modo que todo esfuerzo tendiente a arrojar algo de luz sobre las páginas peirceanas constituye un avance imperiosamente necesario. El presente comentario, escrito a solicitud de los autores del artículo, hilvana aquí y allá las resonancias que provoca en mí su lectura, por lo tanto, se ofrece al lector sencillamente como un documento complementario.

El debate

Los autores nos brindan una buena selección de los textos relevantes y proponen una interpretación del realismo peirceano, distinguiendo los niveles metafísico y epistemológico, que permite hacer frente a algunos de los puntos en discusión en el debate actual. Creo que uno de los aciertos del trabajo es mostrar la importancia del rechazo peirceano de la cosa-en-sí kantiana como un punto clave de la discusión. Sería conveniente, y hasta necesario para los lectores no especializados, precisar un poco quiénes debatieron, cuándo y a propósito de qué. ¿Se trata de la polémica Einstein-Bohr sobre la consistencia y completitud de la mecánica cuántica — y la concomitante noción de realidad física que de ella surge —³, ¿acaso de la discusión entre Ernst Mach y Max Planck (1910-1911) acerca del conocimiento científico y de la necesidad, o no, de aceptar un

¹ A modo de ejemplo baste citar el sugerente título de R. ALMEDER, "Peirce's Thirteen Theories of Truth", *Transactions of the Charles S. Peirce Society* 21 (1985) 77-94. En ese trabajo Almeder da cuenta de las trece interpretaciones distintas que distinguidos investigadores han hecho de la noción de verdad en Peirce.

² K. PARKER: *The Continuity of Peirce's Thought*, Nashville & London, Vanderbilt UP, 1998, xi.

³ Esta polémica comenzó en 1927 en el 5º Congreso Solvay, en Suiza, al que concurrieron todos los creadores de la mecánica cuántica, continuó en el 6º Congreso Solvay y duró hasta la muerte de Einstein (1955). Ambos científicos-filósofos se profesaron mutuamente gran admiración y aprecio. Einstein, defensor del realismo, dedicó -infructuosamente- mucho de su tiempo y de su talento a encontrar una mecánica alternativa, libre del indeterminismo cuántico. Bohr deshizo uno por uno los argumentos de Einstein a lo largo de tres décadas.

mundo real detrás de los fenómenos?⁴, ¿quizás del problema de la base empírica de las teorías⁵ que desveló a neopositivistas, a Karl Popper y a Quine?, ¿de las repercusiones enormes que ha tenido el *best seller* de Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), en el que descreo que la verdad sea la meta de la ciencia?, ¿de las incontables reacciones editoriales que generó otro *best seller*, esta vez del empirista constructivo "Bas" Van Fraassen, *La imagen científica* (1980), que nos insta a descreer de la realidad de los electrones, como otrora hiciese Mach?, ¿de las recientes discusiones en torno a la física de partículas de alta energía en el seno del así llamado "nuevo experimentalismo", *i. e.*, la polémica Franklin-Pickering?, ¿o de aquel otro océano bibliográfico constituido por el constructivismo social?⁶ Quizás los autores estimen que las ideas de Peirce al respecto, temporalmente anteriores y generales como son, se sitúan en una instancia previa, y estarían en lo cierto. De todos modos sería bueno brindar algún resumen, muy general, de la batalla. Al menos para que la expresión "bandos" tenga una referencia precisa.

Peirce y el realismo

Es bueno comenzar, como hacen Hernández y Garzón, por definir las nociones en debate ya que suele reinar la confusión en torno a *qué es* el realismo (y sus contrapartidas antirrealistas⁷), y ello a pesar de lo sofisticado de la

⁴ Ricardo Gómez nos brinda un excelente examen de esta polémica en: "La polémica Mach-Planck: ¿ni vencedores ni vencidos?", *Análisis Filosófico* 24 (2004) 5-27. Debo mucho de lo poco que sé sobre el debate realismo-antirrealismo a mis profesores de posgrado Ricardo Gómez, Víctor Rodríguez, Leonor C. de Cudmani y Jorge Saltor.

⁵ Esta discusión, en la que intervinieron tanto los miembros del círculo de Viena como Karl Popper y hasta ese positivista tardío que fue Quine, gira en torno a la referencia de los enunciados de la ciencia: ¿de qué hablan sus enunciados básicos?, ¿de objetos externos o de estados perceptuales?

⁶ Ian Hacking habla de la auténtica guerra que en la cultura norteamericana se libra en torno a la noción de construcción social, para luego agregar que sorna que sus observaciones (realistas) tendrán, entre los combatientes, menos efecto que las resoluciones de las Naciones Unidas. Cf. I. HACKING, *The Social Construction of What*, Harvard University Press, Cambridge, 1999, p. viii. La polémica Franklin-Pickering, en realidad, podría entrar también en este océano. Hernández y Garzón citan a uno de los contendientes realistas de esta guerra: se trata de John Searle, quien con su libro *La construcción de la realidad social*, combate con armas casi peirceanas.

⁷ El término antirrealismo es tan vago como el de realismo puesto que a primera vista parecería que los antirrealistas son modernos idealistas pero no es así. Algunos de ellos se autotitulan antirrealistas sólo porque su realismo es más débil de

literatura actual. Sin embargo, no hay que perder de vista el hecho de que las definiciones, para Peirce, constituyen sólo el segundo grado de claridad en una escala ascendente que llega, incluso, hasta un cuarto grado⁸. Es cierto que a veces Peirce habla de “definir” o haber definido la verdad, pero creo que lo hace de un modo informal. En general, los intérpretes⁹ consideran que el pragmatismo de Peirce elude expresamente la vía definicional ya que ésta clausuraría prematuramente la riqueza de nociones importantísimas. Léase, por ejemplo, textos como el siguiente (teniendo en mente las nociones de ‘verdad’ y ‘realidad’) y saque el lector sus propias conclusiones:

«¿Qué es la ciencia? No podemos definir la palabra con la concisión y precisión con la que definimos círculo o ecuación, de la misma manera que *no podemos definir* dinero, gobierno, piedra, vida. La idea, al igual que éstas, y más que muchas de ellas, es enormemente compleja y diversificada. Personifica el desarrollo intelectual del hombre. Sólo podemos escoger algunas de sus propiedades principales, y diferentes personas las seleccionarán de modo diferente»¹⁰.

Hecha esta salvedad, pasemos a considerar brevemente las conclusiones a las que llegan Hernández y Garzón en su trabajo. Comencemos por la tercera: «no sería correcto hacer una lectura de la tesis peirceana de la convergencia de opinión que vaya de la mano con una postura antirrealista epistemológica». Creo que esta conclusión tiene mucho apoyo en los textos peirceanos, casi me atrevo a decir que es indudable puesto que Peirce tiene una confianza altísima,

aquél al que se enfrentan; esto es, porque no aceptan el realismo en su totalidad sino que rechazan o matizan alguna de sus tesis, según el caso.

⁸ Como afirma en “La lógica considerada como semiótica” (1902), L75, Memoria 32 (Borrador D-MS L75.287-288): «Finalmente desarrollaré un cuarto, y más alto, grado de claridad, que resulta de una apreciación de las relaciones intelectuales de lo definido». Traducción de Sara Barrena de la reconstrucción analítica de Joseph Randsell. Disponible en <http://unav.es/gep/L75-II.html>.

⁹ Ángel M. Faerna, por ejemplo, dice: «el propósito último de su "definición" parece ser desviar nuestro interés de la cuestión abstracta "qué es la verdad" hacia las investigaciones empíricas concretas, ligadas a contextos definidos, en que preguntamos "cuál es la verdad", esto es, qué debemos creer a propósito de esto o aquello, cómo fijar nuestra creencia». Cf. A. FAERNA: "El Pragmatismo y la Pregunta por la Verdad", en Arenas, Muñoz y Perona (ed.), *El retorno del Pragmatismo*, Madrid, Trotta, 2001, pp.173-185.

¹⁰ C. S. PEIRCE, CP 7.49, énfasis mío

casi diríamos temeraria, en el conocimiento humano en general y en la ciencia en particular. Él es todo lo optimista que un falibilista puede llegar a ser. Su temprano rechazo de la incognoscibilidad de lo real (de la cosa-en-sí), su paulatino alejamiento de Kant en este punto y su consiguiente acercamiento a las posiciones de Duns Scoto y Aristóteles hacen casi imposible una lectura antirrealista de su pensamiento. En lugar de desterrar la verdad¹¹ de la empresa cognoscitiva humana, como pretenden los antirrealistas, Peirce enlaza inseparablemente verdad e investigación; más aún, él “define” a veces “realidad” utilizando la noción de verdad como opinión final (lo que nos deja con una tríada de verdad/investigación/realidad inaceptable para los antirrealistas): «La realidad consiste en el acuerdo al que la comunidad entera eventualmente llegaría»¹².

Ningún velo (kantiano ni berkeleyano) impide al hombre conocer esa realidad, principalmente mediante la investigación científica; ningún abismo *a priori* separa nuestras representaciones y lo real. Algunos autores han calificado de “directo” este tipo de realismo¹³. Es notable que otro científico de nota, Albert Einstein, realista si los hay, siguió *mutatis mutandi*, el derrotero filosófico de Peirce: partió del kantismo para luego rechazar la cosa-en-sí y culminó creyendo que la ciencia descubre el orden racional del mundo. Como Peirce, Einstein pensó también que ésta es la hipótesis fundamental de la actividad científica¹⁴. Dice Peirce al respecto en “La fijación de la creencia”:

«Su hipótesis fundamental (la de la ciencia), expresada en un lenguaje más familiar, es ésta. *Hay cosas reales* cuyas característi-

¹¹ Típicamente, la asunción de la verdad como meta de la ciencia les parece a los antirrealistas un compromiso demasiado fuerte, por ello proponen alguna alternativa debilitada, como por ejemplo la predicción exitosa o bien la adecuación empírica.

¹² C. S. PEIRCE, CP 5.331, 1868

¹³ En el I^{er} Coloquio Argentino de Pragmatismo, realizado entre el 28 y 29 de mayo de 2007 en La Cumbre, provincia de Córdoba, Daniel Kalpokas defendió un realismo directo semióticamente transformado de inspiración peirceana. En la nota 23 de su trabajo puede hallarse una lista de los autores (Austin, Mc Dowell, Noë) que discuten este realismo directo. Cf. D. KALPOKAS: “Pragmatismo, representacionismo y empirismo”. Este ensayo, premiado por Sadaf, aparecerá pronto en *Análisis Filosófico*.

¹⁴ Lo más curioso es que estas opiniones, perfectamente entendibles dentro del optimismo científico general del siglo XIX, eran mucho más arduas de sostener en el XX, especialmente luego de la revolución de la mecánica cuántica (1927) que “obligó” a muchos científicos a retrotraer sus posiciones filosóficas hacia el fenomenismo kantiano. Obligó a muchos, excepto a Einstein, quien se mantuvo porfiadamente realista al respecto.

cas son enteramente *independientes* de nuestras opiniones sobre las mismas; estos reales afectan nuestros sentidos siguiendo unas leyes regulares, y aún cuando nuestras sensaciones son tan diferentes como lo son nuestras relaciones a los objetos, con todo, aprovechándonos de las leyes de la percepción, podemos averiguar mediante el razonar cómo son *realmente* las cosas; y cualquiera, teniendo la suficiente experiencia y razonando lo bastante sobre ello, llegará a la única conclusión verdadera»¹⁵.

En este texto encontramos una auténtica confesión de fe realista, tanto metafísica (puesto que cumple con los requisitos de existencia e independencia de las cosas) como epistemológica (podemos conocer cómo son realmente las cosas). En cuanto a este realismo epistemológico parece razonable pensar que se trata tanto de un realismo acerca de las entidades a las que nuestras teorías refieren, como acerca de las teorías científicas mismas. Baste esto entonces con respecto a la tercera conclusión de Hernández y Garzón.

Veamos la primera conclusión:

«Si por “realismo metafísico” entendemos la tesis de la independencia ontológica con respecto a la realidad-mundo, y sólo a esta tesis (sin ningún añadido más), un realista podría seguir a Peirce con respecto al realismo metafísico de los objetos físicos».

Lo dicho con respecto a la tercera conclusión introdujo ya argumentos en apoyo de esta primera tesis. Podríamos agregar otra cita del mismo párrafo ¹⁶:

«Para satisfacer nuestras dudas es necesario, por tanto, encontrar un método mediante el cual nuestras creencias puedan determinarse, no por algo humano, sino por algo permanente externo, por algo en lo que nuestro pensamiento no tenga efecto alguno.»

En 1903, en una nueva revisión del texto, Peirce agregó la siguiente nota aclaratoria, de por sí elocuente al respecto: «Pero el cual, por otra parte, tiende sin cesar a influir en el pensamiento; o, en otras palabras, por algo real». (Nota 28)

¹⁵ C. S. PEIRCE, CP 5.384, 1877. Traducción de José Vericat, énfasis mío.

¹⁶ C. S. PEIRCE, CP 5.384, 1877

Es importante señalar la fecha de este agregado; ella nos indica que Peirce no se ha retractado de este párrafo. Por el contrario, ha desarrollado ya una teoría de la percepción (precisamente la que abona la interpretación de su posición como “realismo directo”) que podemos considerar definitiva del Peirce maduro, más aristotélico y mejor predispuesto hacia la metafísica que el joven de 1877¹⁷.

Pasemos a la segunda conclusión: «Si se admite un realismo epistemológico sustentado en la tesis del esquema conceptual privilegiado entendida *a la Peirce*, uno sería un realista epistemológico en este sentido». En apoyo de esta conclusión podemos decir que es clara la opción peirceana por la *unicidad* de la verdad, unicidad que no necesita apelar al ojo de Dios — como bien señalan los autores — sino que se apoya en la unidad de lo real mismo. Esta culminación de la investigación en *una* opinión final, era vista como más o menos realizable en el tiempo según el ánimo peirceano se inclinara más hacia el falibilismo o el optimismo (equilibrio lábil según Susan Haack).

Si detenemos el análisis textual en este punto, las tres conclusiones se imponen. El problema con Peirce es que tarde o temprano nos desconcierta: «No tengo el don natural de hacerme entender» decía, casi a modo de disculpa, en su solicitud a la Institución Carnegie¹⁸. Si seguimos adelante, entonces, comienzan a aparecer dificultades de interpretación que no podemos eludir. Permítanme que sugiera algunos de los puntos oscuros que surgen.

Cuando intentamos ahondar un poco en la metafísica de Peirce nos encontramos con una teoría de la «realidad triuna»¹⁹, esto es, con una doctrina (realista) de tres categorías que resulta, como afirma Misak, «extremadamente compleja, vaga y difícil de comprender»²⁰. Lo real tiene «la naturaleza de la representación», la naturaleza «hace retroducciones», la materia «es mente debilitada»²¹, las cosas son signos... Mientras «no añadimos nada más» el

¹⁷ Peirce partió del nominalismo fenomenista (debido a las lecturas de lógica y filosofía que hizo desde su pubertad) y fue acercándose al realismo en etapas sucesivas. Esas etapas, o “pasos”, han sido prolijamente documentados por Max Fisch en “Peirce’s Progress from Nominalism toward Realism” (1967) en M. FISCH, *Peirce, Semiotic and Pragmatism*, Bloomington, Indiana University Press, 1986, pp.184-200. La última etapa tiene, entre otros rasgos, la aceptación de las posibilidades como un universo positivo.

¹⁸ L 75, Parte I, Borrador B-MS L75. 3-9.

¹⁹ La expresión es de Peirce, cf. C. PEIRCE, CP 5.431, 1905

²⁰ Cf. C. J. MISAK, *Truth and the End of Inquiry. A Peircean Account of Truth*, Oxford, Clarendon Press, 2004, 71.

²¹ C. S. PEIRCE, CP 6.24, 1891

realismo peirceano es claro, pero si consideramos que los objetos físicos mismos tiene una estructura triádica que los acerca sugestivamente a los productos típicos de la mente, nuestras limpias definiciones de realismo — entonces — terminan no resultándonos suficientes para orientarnos. La legalidad reinante en la naturaleza es la ley de la mente, una mente que Peirce entiende casi como el *Begriff* hegeliano. Veamos, por ejemplo, la siguiente afirmación de Peirce: «Incluso los idealistas, si sus doctrinas son correctamente entendidas, usualmente no han negado la existencia de cosas externas reales»²².

Si entendemos esta frase, podríamos suponer que la tesis que distingue realistas e idealistas, según Peirce, no es la de la existencia de las cosas (que ambos aceptarían) sino sólo la de su independencia. Y ¿puede suponerse que Peirce afirma totalmente la independencia? La respuesta es categóricamente “¡sí!” si pensamos en los caprichos de las voluntades individuales (la resistencia a la voluntad es para Peirce el signo inequívoco de la realidad), pero no resulta tan asertiva si reconsideramos la triadicidad categorial de todo lo real. Aún resuena, por ejemplo, en nuestros oídos la problemática expresión: «La realidad es independiente, no del pensamiento en general...»²³.

Confieso que tiendo a coincidir con Douglas Niño con respecto a no hacer demasiado caso de las cosas que Peirce dijo una sola vez, habida cuenta que él reescribía sus manuscritos incontables veces²⁴. Los autores, en cambio, proponen una lectura kantiana de esa frase. Pero uno puede preguntarse: ¿Qué queda de Kant cuando — en incontables ocasiones — Peirce abjura de la cosa-en-sí? Como por ejemplo en este texto:

«Aquello a lo que la representación debería conformarse, es ello mismo, algo de la naturaleza de una representación, o un signo, algo noumenal, inteligible, concebible, y completamente distinto de una cosa en sí»²⁵.

²² C. S. PEIRCE, CE 3, 44, 1872

²³ C. S. PEIRCE, CP 5.408, 1878

²⁴ Resulta muy ilustrativo al respecto el Manuscrito 311: “Mis procesos para formar opiniones filosóficas”, allí dice: «De esa manera, exposiciones que pueden imprimirse y que a los lectores que las toman por inspiraciones momentáneas pueden parecerles del todo brillantes, para mí, que recuerdo cuántas *docenas de veces* las he sufrido, son bien conocidos como los monumentos a mi estupidez que realmente son». Traducción de Sara Barrena disponible en <http://unav.es/gep/>, énfasis mío.

²⁵ C. S. PEIRCE, CP 5.553, 1905/06

Repito, si no hay cosa-en-sí, ¿que queda por determinar por parte del pensamiento? ¿Acaso el pensamiento mismo autodeterminándose y entonces tenemos el idealismo absoluto de un Hegel? Expresamente Peirce responde que no, que el idealismo absoluto es falso. Pero no resultan de gran ayuda aclaraciones como las siguientes:

«¿Qué es la realidad? Quizás no hay tal cosa en absoluto. Como he repetido insistentemente, es sólo una retroducción, una hipótesis de trabajo que probamos, nuestra desesperada, conster-nada, esperanza de conocer algo»²⁶.

«Si hay alguna realidad [...] esa realidad consiste en esto: que hay en el ser de las cosas algo que corresponde al proceso de razonar, que el mundo *vive, se mueve y existe*, en una lógica de eventos»²⁷.

Como vemos, no es fácil comprender qué es lo real para Peirce y si eso que es real está mejor entendido como idealismo objetivo – como lo entiende Hookway²⁸, por ejemplo, entre otros – o como realismo metafísico. ¿O quizás como «ideal-realismo»? si acaso tal híbrido puede sobrevivir, tal como Peirce parece creer. En cualquier caso, una interpretación realista del pensamiento de Peirce tiene que hacer frente a los textos-clave y adentrarse en una compleja teoría categorial de lo real.

Perspectivas peirceanas en defensa del realismo

Si bien hay que reconocer, con Popper, que no hay algoritmo para decidir entre el realismo y el antirrealismo y que los mejores argumentos pueden no sobrevivir al tribunal de la historia, sin embargo se puede buscar y encontrar en Peirce algunos hilos de Ariadna. Creo que son, al menos, tres²⁹ las nociones

²⁶ C. S. PEIRCE, NEM 4:343

²⁷ C. S. PEIRCE, NEM 4:343

²⁸ Dice Hookway: «¿Cómo deberíamos clasificar a Peirce? ¿Es él realista o idealista?... Para comenzar es claro que no es un idealista subjetivo. [...] Los objetos empíricos ordinarios son reales, y su carácter es independiente de la voluntad de cualquier agente o investigador. Su evidente idealismo *objetivo* es consistente con esto...». C. HOOKWAY, *Peirce*, London, Routledge, 1992, p. 285.

²⁹ Creo que se podría agregar todavía una cuarta, la abducción o elaboración de hipótesis, pero explicar este punto creo que llevaría tantas páginas como las hasta aquí escritas. Dejo de lado este tema en esta ocasión.

peirceanas que tejen esos hilos: (1) La noción de verdad, como Hernández y Grazón han señalado, es prometedora desde el momento en que se presenta como algo accesible a la comunidad de investigadores, destruyendo el abismo entre las cosas tal como las conocemos y las cosas-en-sí. Dicho sea de paso, la noción de comunidad, central al pensamiento de Peirce, permite — entre otras cosas — superar la fatal atracción que la gnoseología moderna ha tenido siempre con el solipsismo. (2) El realismo directo de Peirce, elaborado con más detalle en su madurez, también permite declarar pseudo problemas a muchos de los que arrastramos desde Descartes, *i. e.*, dicotomía entre nuestras ideas o representaciones y las cosas. (3) Finalmente, el signo tal como es entendido por Peirce (aquello que está en lugar de algo para algo) nos ofrece la posibilidad de una filosofía del lenguaje realista, en la que los referentes de los signos, indispensables, nos dan una suerte de argumento trascendental a propósito del lenguaje: la existencia de los objetos acerca de los que hablamos (sea nuestro lenguaje científico o no) son su condición de posibilidad. Esta línea de defensa ha sido explorada por algunos autores, como el ya citado Searle o, más recientemente, Christopher Norris³⁰. Muchos de los problemas de la filosofía de la ciencia del siglo XX han surgido derechamente de una errónea concepción del lenguaje, que los neopositivistas adoptaron rápidamente del primer Wittgenstein; si nos desligáramos de ella y adoptásemos una más adecuada, tal como la semiótica triádica de Peirce, quizás algunos de nuestros atolladeros desaparecerían.

Más allá del “infierno hermenéutico”³¹ al que Peirce nos somete, especialmente en su ya mencionada concepción de realidad, creo que él se interesó siempre por mostrar cuáles son las presuposiciones necesarias de la ciencia y de la lógica: la existencia e independencia de la realidad se destacan entre todas ellas como las principales cosas que se “debe creer”³². Son ellas las condiciones *sine qua non* de la actividad (y de la vida) científica. Y aunque afirma que todas estas creencias son *esperanzas*, confía — empero — en que esas esperanzas están “completamente justificadas”³³ por los casos específicos que el investiga-

³⁰ Cf. C. NORRIS: *Philosophy of Language and the Challenge to Scientific Realism*, Londres, Routledge, 2004.

³¹ Tomo la elocuente expresión (referida a Peirce) de Federico Penelas en el comentario a mi trabajo del I Coloquio Argentino de Pragmatismo (La Cumbre, 2007).

³² Cf. C. S. PEIRCE, Memoria 10 de L75.

³³ C. S. PEIRCE, Memoria 10 de L75.

dor considera. La predicción exitosa de la ciencia es el gran argumento sobre el cual Peirce asienta esa esperanza —y quizás el único que logra inclinar la indecisa balanza—. No *meras* esperanzas sino la única, gran, esperanza que otorga significado a la humana condición de buscador de la verdad.

Catalina Hynes